

Posada vendió C-4 y silenciadores a capo vinculado a Meyer Lansky

■ JEAN-GUY ALLARD

DOCUMENTOS DESCLASIFICADOS DE la CIA, exhumados, entre otros, de sitios poco visitados de los archivos del asesinato del ex presidente John F. Kennedy, confirman la extensión de las relaciones de Luis Posada Carriles con connotados gangsters de Miami, a los cuales proveyó de armas y explosivos mientras informaba a la Agencia y al FBI.

Los textos, encontrados por investigadores puertorriqueños, amplían la información sobre la conexión del terrorista —hoy radicado en Miami beneficiándose de los privilegios otorgados a los amigos del régimen—, con individuos descritos como peligrosos elementos del hampa e involucrados en numerosas actividades delictivas.

Entre los documentos así analizados, aparecen numerosos datos recogidos por el FBI acerca del ex dueño del cabaret habanero Sans Souci, Norman Rothman, entonces reciclado en el tráfico de heroína y residiendo en la localidad de Surfside, Florida.

Un informe fechado el 31 de marzo de 1967 relata cómo Posada, en julio de 1965, al informar al FBI —posiblemente para cubrirse— dijo que había sido contactado por un tal Diego Borges, interesado en comprar, por cuenta de “tres americanos”, pistolas, explosivos, cápsulas detonadoras, granadas y silenciadores.

■ TRES AMERICANOS MIEMBROS DEL KKK

La identidad de los “tres americanos” que daba entonces desconocida pero Posada, frente a sus interlocutores del FBI, pretendió que creyeran “que eran miembros del Klu Klux Klan o de la John Birch Society”, escribió con candor el redactor del texto.

En el mencionado reporte a su oficial de caso, Posada aprovechó para denunciar a Herminio Díaz, quien había vendido 60 granadas a Borges y le había entregado “solo 40”; Ramón Escarda, quien había proveído 100 libras de Pentolite, un potente explosivo; y Frank Tamayo, que vendió por su parte silenciadores al mismo comprador.

Con sus interlocutores de la CIA, que le enseñaron fotos, Posada identificó al gangster Frank Rosenthal, confirma el documento.

■ MÁS EXPLOSIONES Y MÁS CUERPOS

Otro documento del FBI fechado el 21 de noviembre de 1967 señala que Rosenthal es un hombre violento e imprevisible y cómo ordena, el 31 de junio y el 16 de mayo, dos atentados con bombas —una especialidad de Posada—, en instalaciones de Miami cuyo dueño, Alfred “Alfie” Mart, se encontraba en conflicto con su red de *gambling* (juego).

El 5 de noviembre de 1965, en otro encuentro, esta vez con el FBI, Posada identifica a Norman Rothman como uno de los “americanos” que trabajan con Rosenthal.

Posada confiesa entonces que se reunió con Rosenthal en octubre de 1966 y que el gangster le dijo que los silenciadores que le había entregado eran “pura

basura” y que lo tenía por responsable de esta estafa.

“Rosenthal le dijo que sabía que trabajaba con la CIA y que exigía el equipamiento de la CIA”, precisa el reporte que señala observaciones similares de Rosenthal acerca de los detonadores suministrados por Posada.

El 22 de junio de 1967, en un almuerzo con los agentes especiales James J. O'Connor y Warren R. Welsh, en el restaurante Dinner Key de Coconut Grove, Posada admite que Rosenthal le pagó 500 dólares “por su peritaje” en materia de explosivos.

Unos días después, llama a O'Connor para decir que ese mismo 22 de junio, Rosenthal lo contactó para comprar 254 libras de C-4, un gran número de artefactos “tipo lápiz” y un aparato de telecontrol de explosiones “para el cual pagaría 25 veces el precio original si fuera necesario”.

Rosenthal anunció a Posada que iban a producirse por lo menos 20 explosiones en la región de Miami “y que otros cuerpos iban a aparecer”.

En encuentros ulteriores, Posada confirma la entrega del material solicitado a Rosenthal y revela que se entrevistó con Domingo Echemendía, hijo del capo cubano del juego Oscar Echemendía, en casa de Olga Chaviano, una bailarina amiga de Rothman.

Echemendía presentó a Posada un chileno —luego identificado como Alberto Larrain-Maestre—, que quiso comprar una pistola y artefactos explosivos. Le precisó que este hombre era quien se había encargado de varios atentados organizados por Rosenthal por cuenta de Rothman, “el representante en Miami de la mafia”.

Posada terminó entrevistándose con Rothman, la medianoche del 29 de junio 1967, en el bar del hotel Albion de Miami Beach. Echemendía señala que Rothman está trabajando nada menos que con Meyer Lansky, el ex capo de la mafia en La Habana. En otra parte del documento, se señala la vinculación de Rothman con Santo Traficante, otra “gloria” de la mafia italiana en La Habana.

El terrorista-informante precisa en otra conversación que Luis Martí, de Nueva Jersey, es “la fuente de los cubanos en la búsqueda de explosivos”.

Echemendía señala a Posada que dará uno de los silenciadores a un tal Margosa, un ex sargento de policía en La Habana y guardia “especial” del cabaret Tropicana.

El 14 de julio de 1967, Posada cuenta al oficial Welsh cómo sacó a Rosenthal de su casa amenazándole con “una bala en la cabeza”. Rosenthal le devolvió la amenaza asegurándole que tarde o temprano Posada iba a morir “mientras jugara al gin rummy”.

Posada anunció unos días más tarde, el 4 de agosto, que iba a viajar a Venezuela donde lo esperaba un “trabajo permanente”. Ahí iba a empezar su carrera de torturador y asesino además de ampliar sus actividades de terrorista, conforme a las orientaciones de sus guías de la inteligencia norteamericana.

Plan de Cuba para el Desarrollo Económico de América Latina

Los inicios de una utopía

■ Anneris Ivette Leyva

La vocación latinoamericanista de la Revolución cubana, el deseo de impulsar un desarrollo regional que sirviera de base para combatir los lastres sociales, “subproductos” de la avaricia colonial e imperialista, se hizo evidente desde los primeros foros internacionales que sucedieron al triunfo de 1959.

En fecha tan temprana como el 9 de septiembre de 1960, durante una reunión de trabajo del Comité de los 21 (primeros países pertenecientes a la OEA) en Bogotá, se propició la oportunidad de demostrar que Cuba no ansiaba privatizar su deseo de un futuro mejor, sino que pretendía compartirlo con el continente.

Para concretar el sueño, propuso un plan de desarrollo económico para América Latina, basado en la creación de un Fondo de 30 000 millones de dólares (a razón de contar con 3 000 millones anuales en el lapso de una década). Los préstamos otorgados por el Fondo no comportarían exigencias políticas y los recursos serían destinados a las inversiones que cada país estimara conveniente.

La delegación cubana, presidida por el ministro de Economía de entonces, Regino Boti, instó, además, a realizar una amplia reforma agraria, que proscibiera el latifundio y los contratos agrícolas de carácter feudal y semifeudal, y efectuara la entrega de tierras gratuitas a los campesinos que las trabajaran.

En una cuarta disposición, nuestra delegación condenó la política de precios aplicada por los monopolios y el gobierno de Estados Unidos a productos básicos de América Latina. Tras haber sido aprobadas nuestras exigencias, con el único voto contrario del imperio, fueron luego anuladas en franca violación al reglamento de la organización, víctimas de las presiones ejercidas por el subsecretario de Estado norteamericano, Douglas Dillon.

Una vez más, el justo empeño fue avasallado por la voluntad de quien mejor intimidó. El Fondo para el desarrollo quedó en utopía, la propuesta de Reforma Agraria, sustituida, y el acta final de aquella reunión resultó ser una versión levemente retocada en conciliábulos del anteproyecto traído desde el Norte.

Detrás de la noticia

La quema del Corán



El Corán es el libro sagrado del Islam, que para los musulmanes contiene la palabra del dios único, Alá; y musulmanes son más de 1 200 millones de ciudadanos de este mundo que lo veneran como parte de su cultura milenaria y de su existencia.

Pero a partir del 11 de septiembre del 2001, en que Estados Unidos lanzó una verdadera cruzada contra el mundo musulmán, el irrespeto al Corán ha estado presente lo mismo en la cárcel de la ilegal base norteamericana en Guantánamo, cuando la CIA y los militares del Pentágono destruyeron esos libros o los lanzaron en los inodoros ante la mirada de los presos musulmanes, o como en la prisión de Abu Ghraib, en Iraq, cuando el libro sagrado fue quemado o pisoteado por los guardianes en presencia de los detenidos.

Hoy, un llamamiento de un pastor estadounidense para quemar copias del Corán, con motivo del aniversario de los atentados del 11 de septiembre

del 2001 en EE.UU., es de las noticias más sobresalientes en vísperas de la fecha.

La quema del libro sagrado musulmán ha sido anunciada para el próximo sábado por Terry Jones, pastor de la iglesia cristiana de la Florida.

El vicepresidente del Consejo Superior Chii, Abdel Amir Cabalan, describió la iniciativa del pastor estadounidense como un “acto de barbarismo que nada tiene que ver con los valores religiosos”.

Mientras, desde Berlín, la agencia DPA informó que las comunidades religiosas, tanto cristiana como judía de Alemania, reaccionaron con firmes condenas al anuncio del religioso extremista Terry Jones.

Las reacciones fueron tanto más marcadas cuando se supo en Alemania que el pastor tiene antecedentes de falsificador y estafador en la ciudad alemana de Colonia, donde también ejerció su ministerio.

La Iglesia Evangélica de Alemania (EKD) se distanció claramente de Jones y calificó de “provocación insostenible” el anuncio de la quema del Corán.

Por su parte, la presidenta del Consejo Central de los Judíos, Charlotte Knobloch, recordó consternada la quema de libros que hicieron los nazis en la Plaza Bebel de Berlín. “La idea es horrible y chocante”, dijo en Múnich, para luego citar la famosa frase del escritor alemán Heinrich Heine: “Desde se queman libros se termina quemando gente”. (Elsón Concepción Pérez)